



EL ULTIMO DIA

Ring Ringg... El despertador suena insistentemente y el maestro somnoliento lo apaga de un manotazo. Mira el reloj: las ocho y cuarto. Hoy no es un día cualquiera: es treinta de junio, el último día de clase y los sentimientos se le cruzan rápidamente por su cabeza mientras se viste aún semidormido. En parte está contento porque a partir de las doce serán vacaciones y eso no disgusta a nadie, pero sabe también que sus alumnos, que han estado los últimos tres años con él, y de los que se considera un poco padre, otro poco amigo, en fin un poco de todo, se le van; ya son mayores y el curso que

viene se irán a otro colegio y eso le da pena. Les había cogido cariño, al fin y al cabo era mucho el tiempo que llevábamos juntos.

Mientras se calienta la leche piensa en las cosas que dirá en la despedida y cómo lo hará. Ensayo una y otra vez el «discurso» final, aunque se imagina que quizás le pase como el año anterior, que después de mucho prepararlo no le salió nada y se le ponga otra vez un nudo en la garganta, porque a él no le salen «esas cosas». Acaso al final solamente le salga decir adiós.

Tras de desayunar recoge las notas, cuenta las libretas y las mira por última vez, no sea que haya un fallo. Pero no puede ser porque las ha mirado tantas veces que es imposible que haya algún error.

Sale de casa. Coge el coche y mientras conduce sigue pensando en qué les dirá, pero sigue sin tener ni idea de cómo le saldrá. ¿Quizás este año me salga bien y pueda hacer una despedida como Dios manda?, pensaba mientras aparcaba en la puerta del colegio.

Una vez dentro se encuentra con varios compañeros. Se nota en el ambiente festivo la proximidad de las vacaciones. Habla un rato de la comida que tendrán de despedida, de los sitios donde van a pasar el verano, de lo caros que están los apartamentos... Tras despedirse de ellos se mete en su clase a solas a esperar hasta las diez, hora en que llegarán sus alumnos a los que ya se imagina más alegres que nunca porque es su último día en el colegio.

Repasa con su mirada las mesas ahora vacías y se acuerda de aquel septiembre lejano de hace tres años en que los conoció por primera vez, y de lo pequeños que eran entonces, con sus 11 años, y se acuerda de cómo, poco a poco, los vio crecer mientras intentaba educarlos de la forma que mejor podía.

Enciende un cigarro y mientras pasa el tiempo esperando a que lleguen, pasea lentamente por la clase, ahora limpia y silenciosa, «**viendo**» a sus alumnos sentados e imaginándose hablar con ellos: Lourdes, ho hables tan fuerte, que no somos sordos. Luis, esa letra. Mari Carmen, muy bien lo has hecho, perfecto...

Poco a poco la clase, antes silenciosa, se va llenando de ruido y de voces de chavales. Al cabo de unos minutos la clase está llena y el último acto del curso comienza...

¡A ver! ¡Callaros un momento! Dice el maestro.

Los alumnos antes bullangueros se van callando poco a poco y prestan atención.

Bien, —las palabras se le agolpan en la garganta y no salen como lo tenía previsto—, como sabéis hoy es el último día. Hemos pasado juntos mucho tiempo. Hemos tenidos buenos y malos momentos, pero creo que los buenos han sido más que los malos. Espero que a partir de ahora seamos como amigos y si alguna vez necesitáis mi ayuda ya sabéis dónde encontrarme y cuando nos veamos por la calle supongo que me saludaréis y hablaréis conmigo.

Espero que el año que viene cuando estéis en otros colegios os acordéis de estos años con cariño. No estaría de más el recordar alguno de esos momentos como cuando nos íbamos de excursión o cuando esos momentos en que me poníais de mal humor, porque lo más seguro me habré pasado

alguna vez con los castigos aunque reconoceréis también que alguna vez vosotros os pasabais conmigo. Como aquella en que después de dejaros estudiar una hora no se supo la lección prácticamente nadie. Claro que como me habíais cogido el truco esperabais a que se me pasara para que después os perdonara diciéndome que la sabríais al día siguiente. Pero en general tengo que decir que estoy contento con vosotros.

Quizá ahora estaréis deseando que acabe este rollo y os dé las notas de una vez para que os podáis ir de una vez pero ya veréis cómo dentro de unos años, cuando os juntéis varios compañeros que llevéis varios años sin veros empezareis al poco tiempo a recordar los años del colegio y cómo riendoos diréis ¿te acuerdas de aquel castigo? Mira que dejarnos hasta las ocho, es que era un no sé qué, o ¿te acuerdas cómo le engañamos en la excursión? No se dio ni cuenta. En fin voy a repartiros las notas para que podáis marcharos pronto.

Un murmullo cada vez más elevado recorre la clase...

¡A ver! ¡Callaros un momento!, para ver si acabamos enseguida y así podemos salir antes, que me supongo que ganas ya tendréis...

Lourdes, José Luis, Mari Carmen... Poco a poco cada uno de los cuarenta alumnos van recogiendo sus notas comentándolas con sus compañeros, notas que no les hacía gran sorpresa ya que más o menos se las esperaban por las que habían sacado en las otras evaluaciones.

Cuando todo esto se hubo acabado se levantaron dos alumnos llevando un paquete: «Es de parte de todos», dijeron con un poco de vergüenza. El maestro lo abrió y vio una caja de «Farias».

Gracias, dijo, muchas gracias, en fin no sé qué más decir, si os veo en Magdalenas ya os invitaré a algo y ahora adiós, que lo paséis muy bien y que seáis muy felices.

¡Adiós!, contestan los chavales y a grupos, contentos y con los últimos libros que les quedaban por llevar van saliendo a la calle hablando de sus cosas.

Se ha quedado solo, se han ido todos, siente una cosa rara dentro de sí que le atenaza la garganta, pero sabe que se le pasará, que es ley de vida, aunque sabe también que no olvidará a sus alumnos y que cada vez que se paren a hablar con él se va a llevar un alegrón. Enciende un cigarro, recoge sus cosas y cierra la puerta. Se acabó piensa, y ahora las vacaciones.

Mientras baja las escaleras oye cómo dos chavales se decían: ¡Mira! ¡Qué faena!, ese que baja es el que nos toca como tutor el año que viene. El maestro sonrió y fue a reunirse con sus compañeros que salían en ese momento para irse a tomar un «blanco».

CARLOS TELLETXEA